

Baltasar Magro

# SIETE CALLES HACIA LA VIDA

Los años dorados de Zocodover

**De la edición** © Editorial Cuarto Centenario  
**De los textos** © Baltasar Magro  
**De las fotografías** © Sus autores y propietarios legales

**Edición:** Editorial Cuarto Centenario  
**Diseño y Maquetación:** IMP Comunicación  
**Impresión:** AGSM Artes Gráficas

**ISBN:** 978-84-948144-5-7  
**Depósito legal:** TO 565-2018

**Editorial Cuarto Centenario:** C/ Laurel Real, A6 (Valparaíso) 45080 - Toledo  
**[www.cuartocentenario.es](http://www.cuartocentenario.es)**

Impreso en España - Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.



A los jóvenes de hoy y del mañana



**SIETE CALLES  
HACIA LA VIDA**

SIETE CALLES HACIA LA VIDA

# 1

El verdadero protagonista de esta historia es el *Califa* y la plaza donde él reinaba: Zocodover. Allí no era extraño encontrar a Ava Gardner, Audrey Hepburn o Salvador Dalí entre otras figuras deslumbrantes del universo artístico. La plaza era además un espectáculo porque en ella desembocan las principales calles de la ciudad y todas las gentes querían pasear o pavonearse por ese lugar.

José Marchena, conocido como el *Califa*, es una de las personas más extraordinarias que he conocido. A su lado comencé a formar parte de la aventura de la vida con alguna conciencia de la misma. La relación que mantuve con él fue decisiva para enriquecerme en todos los sentidos. Ahora lamento el comportamiento de ingratitud que tuvimos con este gitano señorial, no supimos compensarle a pesar de todo lo que nos había aportado. Y hablo en plural porque me refiero a los que fuimos sus amigos. Por desgracia somos incapaces de modificar los trances pretéritos por mucho que lo deseemos.

Llegué a la ciudad unos años antes de conocerle, cuando miraba a mi alrededor con los ojos ávidos de un muchacho que hacía poco que caminaba solo por el mundo. La impresión que recibí fue el de un lugar aburrido y con la tristeza enquistada en muchos de sus habitantes. Recuerdo sus cielos luminosos y sus olores ácidos y el picón de las estufas, su humedad en los desangelados inviernos, los aromas de los cirios y el incienso quemado en abundancia en los innumerables templos y lugares de culto. Era una ciudad orgullosa de sus viejas glorias, pero con heridas recientes. De lo último había numerosas señales en los alrededores de su Alcázar, un símbolo de lo que fue la confrontación entre lo que llamaban las dos Españas.

Vivía con mis padres y mis hermanas en la calle Hombre de Palo, una de las vías más concurridas y céntricas, que aludía a un homúnculo, o autómatas, creado por el cremonés Juanelo Turriano, que se afincó en Toledo en el siglo XVI por devoción a este solar y que terminó siendo devorado por la incompreensión y la mezquindad de los poderosos. Lo afirmo porque, en vida, nunca recibió lo que se le debía y, después, su memoria y sus invenciones jamás fueron reconocidas como se merecen. Mi calle era bulliciosa y animada a cualquier hora del día, constituía una atalaya ideal para curiosear el ambiente que se respiraba por los alrededores. Para visitar la Catedral y llegar a los lugares más turísticos había que atravesar Hombre de Palo, también era el paso obligado para alcanzar las zonas comerciales y los recintos más pudientes o, por el contrario, para dirigirse hacia las barriadas humildes que se precipitaban hasta el río. Tenía enfrente de mi casa el cine Moderno, su nombre suponía una paradoja porque las instalaciones eran algo decrépitas, pero para mí era el santuario que concitaba aventuras anheladas y los iniciales atolondramientos enamoradizos al contemplar en su pantalla a las exuberantes estrellas del celuloide. A medida que íbamos creciendo, las hormonas se explayaban a destajo al sumergirnos en las fantasías que se proyectaban sobre la blanca superficie del fondo de la sala.

Las visitas al Moderno tenían lugar en las fechas festivas. Durante el resto de la semana, cuando necesitaba distraerme al salir del colegio, subía a las Claverías, el claustro alto de la Catedral que estaba pegado a los muros de mi casa. Conocía al hijo del campanero que me facilitaba el acceso a ese lugar ignoto en el que residían los empleados seculares con sus familias para atender las necesidades del gran templo y resolver, con sus diferentes oficios, las demandas de los canónigos. Las Claverías eran lo más parecido a un pequeño pueblo, enclaustrado dentro de los claustros de la Catedral, que durante la noche quedaba aislado de la ciudad al cerrar la única, sólida, vigilada, y discreta puerta de salida a la calle Hombre de Palo. Era un espacio que pocos conocían. Allí jugábamos con la pelota, a las chapas, al gua, las tabas, o emulábamos las etapas del Tour de Francia, que pocos años antes había conquistado un toledano, utilizando pequeñas figuras de plástico que representaban a los corredores y lanzando un dado que marcaba los avances sobre el piso de barro de los esforzados ciclistas de pega. Este era nuestro pasatiempo favorito además de las visitas a la torre, cuando no había turistas, donde se encontraba la campana gorda, y a la sala donde se guardaban los cabezudos y la tarasca, un monstruo de cartón y tela que abría sus fauces y agitaba su cabeza amenazando con devorar a los que estuvieran cerca durante la procesión del Corpus.



Abandonar el colegio regentado por religiosos fue una bendición, valga la ironía. Mis padres me matricularon pronto en el Instituto y allí me encontré con compañeros que tenían más desparpajo y atrevimiento. No era obligatorio asistir a celebraciones religiosas, ni cantar el “Cara al Sol” por las mañanas, o estar confesado al menos una vez por semana. Me agradó tener profesores y profesoras que no llevaban sotana o hábito. En este centro se gozaba en general de mayor permisividad, de pensamiento y obra, como se decía medio en broma. Por ejemplo, mi compañero de pupitre acostumbraba a ocultarse del alcance de la vista de la profesora de literatura. Nuestra posición se lo permitía al estar pegados a la tarima desde la que ella nos hablaba sentada en una mesa sin parapeto delantero. Benito se asomaba a aquel balcón de tentaciones disfrutando con la contemplación de la entrepierna de doña Dolores, Lola para muchos. Aquello se fastidió porque siempre hay alguien que quiere destacar al precio que sea.

- Señor... -alertó Luis levantando la mano mientras la profesora recitaba unos versos de Machado, cortando abruptamente la declamación ante el reclamo.

- ¿Qué quieres? –urgió ella ante el pasmo que se reflejaba en el rostro del alumno. A Luis le temblaban los labios.

De inicio, no hay traidores valientes u osados. Luis era uno de ellos.

- Benito... - se atrevió a susurrar con tibieza y ruborizado.

- Sí, ¿qué pasa? ¡Vamos!

- Él..., él mira sus piernas... -el estupor de la doña, una mujer joven por demás hizo que Luis reaccionase con voz cantarina y haciendo uso de un término prohibitivo que transformaba la acusación en algo escandaloso y serio: ¡y sus bragas!

El denunciante enrojeció como un tomate por el esfuerzo y el atrevimiento activando la alarma en la clase como si fuera un zafarrancho de combate. El coscorrón que se propinó a sí mismo mi compañero de pupitre saliendo del escondite fue de escándalo y su primer castigo. Luego, soportó una risotada general, la reprimenda de doña Dolores y la expulsión de la clase. ¡Solo por un día y para esa única asignatura! En el colegio de los religiosos se habría ido a la calle para siempre por algo, incluso, de mucho menor calado.

El remilgado Luis ocupó la plaza de mi anterior compañero y tuve que soportar sus miradas traicioneras hasta finales del curso. Por entonces, Dolores Rivera y Benito Seco parecían hacer buenas migas a pesar del escándalo protagonizado por el último. Se llegó a decir que nuestra atractiva profe le había perdonado por completo hasta el extremo de sentirse algo

## SIETE CALLES HACIA LA VIDA

enamoradiza hacía él. Llegué a considerar que la osadía suele aparejar algún premio, también que a nuestra temprana edad la temperatura de la imaginación se elevaba con cualquier excusa.

Otra incursión esencial para crecer en la ciudad era iniciarse en la calle Ancha. Aquello era un trámite obligado para cualquiera entre los trece y los veinte años, más o menos. Por allí transitaba la población juvenil al completo y hasta había empujones por hacerse un hueco durante los fines de semana o festivos. Lo llamaban el tontódromo porque lo que hacíamos era repetir el recorrido en sentido inverso cuando se alcanzaba el final o el principio de la calle, cuyo nombre real era del Comercio, lo de Ancha era un equívoco, aunque en la ciudad había pocas calles que superasen su distancia de una acera a la opuesta. A los primerizos nos resultaba un misterio, acaso por falta de destreza, el procedimiento para ligar. Si alguna chica te atraía era imprescindible tener agallas para atreverse a detener al grupo en el que ella se protegía y ser capaz, al mismo tiempo, de sorprender con pocas palabras a sus compañeras, así mismo era exigencia manifestarse con gracia y ocurrencia para que no se impacientaran los que iban contigo. Por allí nadie se aventuraba a pasear sin amigos, las reglas no escritas prohibían el camino a los solitarios. Una joven sola dando vueltas arriba y abajo por la calle Ancha, durante las horas de escarceos, habría sido considerada algo así como una buscona.



Calle Ancha.